

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Delante de la celda de Próspero.

Sale FERNANDO cargado con un tronco.

FER. Juegos penosos hay, cuyas fatigas
Avivan el placer; tal vez el hombre
Viles oficios con nobleza cumple;
La más humilde empresa resultado
Próspero suele dar. Tan vil faena
Me fuera tan pesada como odiosa,
Si el dulce bien á quien amante sirve,
No reanimara mis postradas fuerzas,
Trocando mis trabajos en deleite.
¡Ay! ella es dulce y blanda, veinte veces
Más dulce y blanda que áspero su padre,
Que es la dureza misma. Por castigo
Tengo que amontonar algunos miles
De estos maderos que á arrastrar me obliga.
Mi dulce dueña llora al verlo, y dice
Que nunca tuvo tan servil trabajo
Ejecutor igual. Tal vez me olvido;
Pero estos apacibles pensamientos
Ablandan mis fatigas, por tal arte
Que más me huelgo cuando más trabajo.

*Salen MIRANDA, y PRÓSPERO á cierta distancia,
sin ser visto.*

- MIR. ¡Por Dios te ruego, no te afanes tanto!
Quisiera que incendiara el rayo ardiente
Estos maderos que tus miembros rinden.
Suéltalo, y ven, descansa. Cuando arda
Aquella leña, llorará sin duda
La pena que te causa. Ven, reposa.
Mi padre en hondo estudio está sumido,
Y por tres horas de él estás seguro.
- FER. Dueña querida, el sol se pondrá ántes
Que acabe lo que es fuerza que concluya.
- MIR. Pues si sentarte quieres, yo entre tanto
Los troncos llevaré: dame aquel leño,
Lo llevaré al monton.
- FER. No, sér divino:
Primero reventara de fatiga,
Que estarme en ocio vil, viéndote expuesta
A tal deshonra.
- MIR. A fe, no me estaria
Peor que á ti el hacerlo: lo cumpliera
Más fácilmente, pues mi buen deseo
Me presta aliento, y es contrario al tuyo.
- PRÓS. (*Aparte.*) ¡Oh mísero gusano, estás cogido!
Lo prueba tu visita.
- MIR. Se me antoja
Que estás rendido.
- FER. No, mi noble dueña:
Estando tú á mi lado me es la noche
Temprano albor. Mas dime, te lo ruego,
Más que por otra cosa, porque pueda
Nombrarte en mi oracion, ¿cuál es tu nombre?
- MIR. Miranda.—¡Oh padre mio! al pronunciarlo
Desobediente tu mandato infrinjo.
- FER. ¡Portento de belleza, alma Miranda,
Que vales lo que el mundo en más estima!
Miré tal vez con atencion profunda

A más de una hermosura, y muchas veces
 La dulce melodía de sus lenguas
 Avasalló mi oído, asaz atento:
 Me han agradado por virtudes varias
 Varias mujeres; mas ninguna tanto,
 Ni tan de véras, que no hallara en ella
 Algun defecto que, en constante lucha
 Con su más noble hechizo, no empañara
 Su resplandor; mas tú, tú tan perfecta,
 Tan pura, tan sin par, creada fuiste
 De lo mejor de cada criatura.

MIR. Del propio sexo no conozco á nadie,
 Ni de mujer recuerdo cara alguna,
 Salvo la mía, gracias á mi espejo.
 No ví más hombres, dignos de tal nombre,
 Que á ti, mi bien, y á mi querido padre:
 Qué rostros puede haber en otros sitios
 Ignoro, pero cree, por mi modestia,
 La joya de mi dote, que en el mundo
 Por compañero á nadie ambicionara,
 A nadie más que á ti: mi fantasía
 Crear no logra sér que le agradare
 Otro que tú. Desatinada charlo,
 Y olvido de mi padre los preceptos.

FER. De condicion soy príncipe, Miranda;
 Creo que rey (¡nunca lo fuera!); y ántes
 Que soportar esclavitud tan torpe
 Dejara que los labios me picara
 Molesta mosca. Te habla el alma, escucha:
 En el instante en que te ví, rendido
 Voló mi corazon á tu servicio;
 Y allí reside para hacerme esclavo:
 Por ti soy tan paciente jornalero.

MIR. ¿Me amas?

FER. ¡Oh! cielo y tierra sed testigos
 De esta palabra! y coronad de dicha
 Lo que protesto, si verdad dijere;
 Trocad, si falso miento, en desventura

El más feliz pronóstico! Te adoro,
Te estimo, te honro más que bien alguno
Que el mundo encierra.

MIR. ¡Y yo no lloro, necia,
Por lo que más me alegra!

PRÓS. (Aparte.) ¡Dulce encuentro
De dos afectos por demas sensibles!
Llueva su gracia el cielo sobre el fruto
Que entre los dos germina.

FER. Di: ¿qué lloras?

MIR. Mi indignidad: hacer oferta no oso
De lo que dar deseo; y mucho ménos
Tomar lo que, faltándome, muriera.
Pero esta es vana charla, niñería
Que cuanto más se afana en esconderse,
Más bulto enseña. ¡Aparta, torpe astucia!
¡Y tú, inocencia franca, sé mi guía!
Tu esposa soy, si tú por tal me quieres;
Si nó, tu esclava moriré. Negarme
Podrás de compañera el dulce puesto;
Pero quieras ó nó, seré tu sierva.

FER. ¡Mi reina, dulce bien! Yo humilde siempre,
Tu amante fiel.

MIR. ¿Serás mi esposo entónces?

FER. Con alma tan contenta, tan ansiosa,
Como de libertad la servidumbre.
Te doy mi mano.

MIR. Yo te doy la mía;
Y el corazon con ella. Ahora hasta dentro
De un hora ¡adios!

FER. ¡Adios! ¡adios mil veces!
(Váanse por distintos lados.)

PRÓS. Sentir no puedo el mismo gozo que ellos,
A quienes todo admira; y sin embargo,
Nada en el mundo gozo igual me diera.
Me vuelvo á mis estudios, que es forzoso
Dar cima á mil negocios de importancia
Antes que llegue la hora de la cena. (Vase.)

ESCENA II.

Otra parte de la isla.

Salen CALIBAN, ESTÉBAN, y TRINCULO.

ESTÉB. ¡No me hables de eso! Cuando la bota esté vacía, beberemos agua; ni una gota ántes. Conque, firmes, y abordadlos. Criado-monstruo, bebe á mi salud.

TRÍN. ¡Criado-monstruo? ¡Válgate Dios por isla boba! Dicen que no hay más que cinco en esta isla; nosotros somos tres de ellos; si los dos restantes no tienen más seso, tambalea el Estado.

ESTÉB. Bebe, criado-monstruo, cuando yo te lo mando. Tienes los ojos casi encajados en la cabeza.

TRÍN. ¿Pues dónde querrias que los tuviera encajados? Valiente monstruo seria si los tuviera encajados en el rabo.

ESTÉB. Mi siervo monstruo ha anegado su lengua en malvasía. Lo que es á mí, no me ahogará el mar; ántes de poder ganar la orilla, nadé treinta y cinco leguas, más ó ménos. Por esa luz, monstruo, serás mi teniente, ó mi abanderado.

TRÍN. Tu teniente, si quieres; pues no podria con la bandera.

ESTÉB. No correremos, monsieur monstruo.

TRÍN. Ni andareis tampoco; pero os echareis como perros, y no direis palabra.

ESTÉB. Mola, habla una vez siquiera en tu vida, si eres buena mola.

CAL. ¿Cómo se siente tu merced? Deja que te lame el zapato. No quiero servir al otro; no es valiente.

TRÍN. Mientes, ignorantísimo monstruo. Soy ca-

paz de tenérmelas tíasas con un alguacil. Dime, tú, peje disoluto, ¿hubo hombre alguno cobarde despues de haber bebido lo que he bebido yo hoy? ¿Querrás encajarme tan monstruosa mentira, no siendo más que mitad pez y mitad monstruo?

CAL. ¿No ves como se burla de mí? ¿y lo consentirás, príncipe mio?

TRÍN. ¿Príncipe, le llama? ¿Qué sea tan bobo un monstruo!

CAL. ¿Lo oyes? ¿lo oyes? otra vez. Te ruego que lo mates á mordiscos.

ESTÉB. Refrena esa lengua, Trínculo. Si te sublevas, el árbol más próximo... Este pobre monstruo es súbdito mio, y no sufro que le maltrates.

CAL. Gracias, mi noble dueño. ¿Quieres prestar oído nuevamente á la súplica que te hice?

ESTÉB. Sí quiero. Arrodillate y repítela. Me quedaré en pié, y Trínculo tambien.

Sale ARIEL, invisible.

CAL. Como ántes te dije, soy súbdito de un tirano, de un hechicero quien, merced á su astucia, ha logrado estafarme esta isla.

ARIEL. ¡Mientes!

CAL. (A TRÍN.) Mico burlon, no miento, nó, tú mientes. Quisiera que mi dueño valeroso La vida te quitara. Yo no miento.

ESTÉB. Trínculo, si le vuelves á molestar en su relato, por esta mano te juro que te derribaré un par de muelas.

TRÍN. No dije nada.

ESTÉB. ¡Chiton, y basta! Prosigue.

CAL. Ganó con sus encantos esta isla:

A mí me la quitó. Si en tu grandeza

Quieres tomar venganza de él... que á tanto

Te atreves, sé; pero éste nó, me consta.

ESTÉB. Eso es muy cierto.

CAL. Dueño de ella serás, y yo tu siervo.

ESTÉB. ¿Pero cómo lograremos eso? ¿Me puedes llevar á donde está ese hombre?

CAL. Sí tal, señor; durmiendo te lo entrego,
Donde en la sien podrás hincarle un clavo.

ARIEL. ¡Mientes! no puedes.

CAL. ¡Habrás visto zote abigarrado!

¡Bufon soez! A tu grandeza ruego

Que le pegue y le quite la botella.

Salmuera beberá cuando esto apure;

Pues no le enseñaré las frescas fuentes.

ESTÉB. Trinculo, no te expongas á nuevo peligro.

Vuelve á interrumpir con una sola palabra al

monstruo, y por esta mano que pondré mi com-

pasion por puertas, y te convertiré en pejepalo.

TRÍN. ¿Pues qué he hecho yo? No he hecho nada.

Me apartaré.

ESTÉB. ¿No dijiste que mentía?

ARIEL. Mientes.

ESTÉB. ¿Sí? pues toma. (Le pega.) Como eso te gus-
te, vuelve á decirme que miento.

TRÍN. No dije que mentias. No sólo has perdido

el juicio, sino el oido tambien. ¡Mal haya tu

botella! A tal extremo lleva al hombre el vino

y la bebida. ¡Mala landre le coma á tu mons-

truo, y llévase el diablo tus dedos!

CAL. Já, já, já.

ESTÉB. Prosigue con tu relato. Y tú retírate.

CAL. Pégale firme: al cabo de algun rato

Le pegaré tambien.

ESTÉB. Prosigue.—Aparta.

CAL. Pues, cual te dije, tiene por costumbre

Dormir la siesta. Despacharle puedes

En cogiendo sus libros; con un leño

Podrás romperle el cráneo, ó destriparle

Con una estaca, ó bien con tu cuchillo

Segarle la garganta. No te olvides
 De apoderarte de sus libros ántes;
 Pues es tan zote como yo, sin ellos:
 Ni un duende le obedece; le odian todos
 De muerte, como yo. ¡Quema sus libros!
 Lindos enseres tiene (así los llama),
 Con que su casa ornar, cuando la tenga.
 Y lo más admirable es la hermosura
 De su hija: sin igual la llama él mismo.
 Otra mujer que Sícórax, mi madre,
 Y ella no vi; y á Sícórax excede
 Como á lo más humilde lo más alto.

ESTÉB. ¿Tan linda moza es?

CAL. A fe, mi dueño,
 Que es digna de tu lecho, te lo juro;
 Y buena cria te dará, sin duda.

ESTÉB. Monstruo, mataré á ese hombre; y su hija
 y yo seremos rey y reina. ¡Vivan nuestras Alte-
 zas! y Trínculo y tú sereis vireyes. ¿Te gusta
 el plan, Trínculo?

TRÍN. ¡Excelente!

ESTÉB. Dame tu mano. Siento haberte pegado;
 pero miéntras vivas, guárdate de dar rienda
 suelta á tu lengua.

CAL. Dentro de un rato, quedará dormido.
 ¿Le matarás entónces?

ESTÉB. ¡Por mi honra!

ARIEL. (Aparte.) He de contarle todo á mi maëstro.

CAL. ¡Pónesme alegre! ¡lleno estoy de gozo!

Regocijemos, y la trova canta
 Que há poco me enseñaste, dueño mio.

ESTÉB. A ruego tuyo, monstruo, haré lo que
 pueda, todo cuanto pueda. Ven, Trínculo, can-
 temos. (Canta.)

*Mofadlos y pegadlos,
 Pegadlos y mofadlos:
 Es libre el pensamiento.*

CAL. No es esa la melodía.

(Ariel toca la melodía con tamboril y pífano.)

ESTÉB. ¿Qué es lo que escucho?

TRÍN. La melodía de nuestra jácara tocada por la
estampa de Nadie.

ESTÉB. Si eres hombre, déjate ver en tu verdadero
aspecto; si eres demonio, haz lo que mejor te
cuadre.

TRÍN. ¡Ay, perdóname mis pecados!

ESTÉB. El que muere paga todas sus deudas: te
desafío.—¡Dios nos valga!

CAL. ¿Tienes miedo?

ESTÉB. ¿Yo miedo? No tal, monstruo.

CAL. No temas: por do quier en esta isla
Resuena extraño ruido, y se oyen voces
Y dulces melodías que deleitan,
Y á nadie ofenden. Zumban en mi oído
Tal vez mil penetrantes instrumentos;
Y á veces oigo voces, que aunque acabe
De despertar de largo sueño entónces,
Me harán dormir de nuevo. En dulces sueños
Parece luego que las nubes se abren,
Mostrándome riquezas á montones,
A punto de llover en mi regazo;
Tales, que al despertar del dulce arrobo,
Lágrimas vierto por soñar de nuevo.

ESTÉB. ¡Magnífico reino me brinda esta isla! Ten-
dré música de balde.

CAL. En destruyendo á Próspero.

ESTÉB. Eso será pronto. No he olvidado tu his-
toria.

TRÍN. El sonido se aleja. Sigámoslo, y luego em-
prenderemos nuestra obra.

ESTÉB. Guía, monstruo; te seguimos. De buena
gana vería á ese tamborilero: se aplica, se aplica.

TRÍN. ¿Vienes?—Te sigo, Estéban. (Vánse.)

ESCENA III.

Otra parte de la isla.

Salen ALONSO, SEBASTIAN, ANTONIO, GONZALO,
ADRIAN, FRANCISCO *y otros.*

GON. No puedo dar un paso más, lo juro;
Señor, me duelen mis caducos huesos.
Un laberinto recorriendo estamos
En línea recta y por tortuosa senda.
Me es fuerza descansar; con tu permiso.

ALON. No puedo censurarte, buen anciano;
Cansancio igual me acosa, y adormece
Mis fuerzas todas. Siéntate y reposa.—
Aquí reniego ya de la esperanza,
Ni escucharé más tiempo sus halagos.
Ahogóse aquel á quien errante busco;
Y el mar cruel se burla de esta vana
Pesquisa en tierra firme.—¡En paz descansen!

ANT. (Ap. á Seb.) Su falta de esperanza me consuela.
A la primer repulsa no desistas
Del plan que á ejecutar te resolviste.

SEB. (Ap. á Ant.) Es fuerza aprovechar cumplidamente
La próxima ocasion.

ANT. (Aparte á Sebastian.) Sea esta noche.
Estando tan rendidos de fatiga,
No podrán ejercer tanta cautela
Como ántes, cuando frescos aún estaban.

SEB. (Ap. á Ant.) Sea esta noche, pues: no más. Silencio.
(Suena música extraña y solemne.)

ALON. ¡Qué melodía es esa? ¡Oid, amigos!

GON. ¡Música extraña, y dulce á maravilla!

Aparece PRÓSPERO en lo alto, invisible.

(Salen varios seres extraños trayendo una mesa cubierta de manjares, á cuyo alrededor bailan, y con gestos de salutación convidan al rey y á su séquito á comer, y luego desaparecen.)

ALON. ¡Buena posada nos dé Dios! ¡Qué es esto?

SEB. Juego al vivo de títeres. Ahora

Creeré que hay unicornios, que en Arabia

Existe un árbol que es del fénix trono,

Y que allí reina en este instante un fénix.

ANT. Entrambas cosas creo; y todo cuanto

De crédito carezca á mi se acerque,

Y juraré que es cierto. No mintieron

Jamás los viajeros, aunque en casa

El necio los censure.

GON. ¡Si contase

En Nápoles tal cosa, me creerian?

Si dijere que he visto á isleños tales—

Pues hijos son sin duda de esta isla,

Los cuales, aunque monstruos por la forma,

No obstante, como veis, son de costumbres

Más blandos, más benignos que no pocos

Séres humanos, que ninguno acaso.

PRÓS. (Ap.) Bien dicho, buen anciano, pues algunos

De los que están presentes son mil veces

Peores que demonios.

ALON. No me canso

De recordar las formas, gestos, voces

De aquellos seres que, aunque careciendo

Del uso de la lengua, se expresaban

Por medio de una música excelente.

PRÓS. (Aparte.) Guarda tus alabanzas para luego.

FRAN. Se disiparon de manera extraña.

SEB. No importa; nos dejaron los manjares,

Y estómagos tenemos. Si es gustoso,

Los probaremos.

ALON. Nunca, por mi parte.

GON. No temas nada, Alteza: en nuestra infancia

¿Quién creyera que hubiese montañeses
 Papudos como el buey, de cuyos cuellos
 Colgaran sacos de rugosa carne?
 O que existiesen séres cuyos rostros
 Brotaran de sus pechos, cual lo afirma
 Uno de cada cinco que hoy se embarcan?

AL. Pues yo me arrimo y cómo, áun cuando fuera
 Mi último bocado. ¿Qué me importa?
 Pasó ya lo mejor. Hermano, duque,
 Venid, y sin reparo haced lo propio.

(Truenos y relámpagos. Sale Ariel en forma de arpa, y por medio de
 una invencion ingeniosa desaparece el banquete.)

ARIEL. Tres malhechores sois, á quien el hado,
 Cuyo instrumento es este bajo mundo
 Y cuanto encierra, al piélago insaciable
 Mandó arrojar sobre esta yerma isla,
 Del hombre inhabitada, siendo indignos
 Vosotros de vivir entre los hombres.
 Furiosos yo os volví, y en tal estado
 Os puse en que su propia vida el hombre
 Se suele arrebatár.

(Alonso, Sebastian y los demas sacan las espadas.)

Necios, ministros

Yo y mis hermanos del destino somos.
 Más fácil fuera al hierro que endurece
 Vuestras armas herir el ronco viento,
 O el piélago matar, cuyas heridas
 Se cierran al abrir, con vanos golpes.
 Que ajar sólo una pluma de mis alas.
 Cual yo, mis compañeros y secuaces,
 Invulnerables son. Si herir pudieran,
 Pesadas fueran para vuestras manos
 Aquellas hojas, que blandir no pueden.
 Mas recordad, pues esta es mi embajada,
 Que alevos de Milan los tres, vosotros,
 A Próspero arrojasteis, y expusisteis
 Al crudo mar (que al fin os galardone)
 Junto con él á su inocente hija.

Por cuya torpe accion la ira celeste,
 Que aplaza, mas no olvida, en vuestro daño
 Amotinó la mar y sus orillas,
 Y contra vuestra paz al mundo entero.
 El hijo, Alonso, á ti te arrebataron;
 Y por mi boca aquel poder te anuncia
 Que lenta perdicion, peor que muerte
 Que mata de una vez, por donde quiera
 Siguiendo irá tu huella paso á paso.
 De cuya saña os librareis tan sólo
 (Pues de otra suerte cruda en vuestros pechos
 Sobre esta yerma playa se cebara)
 De la amargura el cáliz apurando,
 Y haciendo vida pura en lo futuro.

(Desaparece entre truenos: luego vuelven á salir las formas extrañas al son de suave música, y bailando con gestos de desprecio y mofa, se llevan la mesa.)

PRÓS. ¡Bien el papel de arpía, Ariel, hiciste;
 Con gracia encantadora! No olvidaste,
 De cuanto te encargué que les dijeras,
 Silaba alguna. Así tambien al vivo,
 Con raros gestos, con extraños usos,
 Hicieron mis ministros más humildes
 Sus respectivas partes. Surte efecto
 Mi poderosa magia: en su locura
 Quedan mis enemigos enredados;
 En mi poder están. Les dejo ahora
 De su delirio en el furor sumidos;
 Y de Fernando, á quien suponen muerto,
 Iréme en busca, y de su amada y mia. (Desaparece.)

GON. Señor, por lo más santo ¿qué te asombra?
 ¿Por qué suspenso estás?

ALON. ¡Oh atroz, monstruoso!
 Me pareció que el mar me lo decia,
 Que el viento lo cantaba en mis oidos,
 Y el ronco trueno con su voz horrenda
 De aquel Próspero el nombre pronunciaba,
 A rugidos mi crimen publicando.

Por eso mi hijo en limo algozo yace:
 Y en busca suya sumergirme quiero
 Donde jamás llegó plomiza sonda,
 Y allí yacer con él encenagado. (Váse.)

SEB. Una á la vez, demonios, y al infierno
 Entero afrontaré.

ANT. Soy en tu ayuda.

(Vánse Sebastián y Antonio.)

GON. Locos están los tres, desesperados:
 Su crimen, cual ponzoña destinada
 A obrar tras larga tregua, empieza ahora
 A atormentar sus almas. Os suplico,
 Pues más lijeros sois, que con premura
 Sigais sus pasos, é impidais que se hagan
 Lo que el furor les dicta.

ADR. Voy; seguidme. (Vánse.)
